

Patafísica

‘Breviario negro’, nuevo libro de cuentos de Ángel Olgado

Antonio Garrido

Por formación soy un crítico más formalista que otra cosa. Como seguidor de la Escuela Española de Filología, atiendo a cualquier elemento que me sirve para el análisis de los textos y, en consecuencia, soy poco dado, más bien nada, a considerar los aspectos biográficos de los autores. Es cierto que hay cosas de la vida que influyen decididamente en la creación de una obra, pero lo que importa es la obra y no las causas externas, aunque como información no está mal conocer esos aspectos; caso, por ejemplo, del de Dumas que se inspiró en las desgracias de su padre para escribir *El conde de Montecristo*.

El crítico tiene sus preferencias y el que esto escribe reconoce que es lector fiel, como debe ser, de Ángel Olgado que, además, es compañero de Academia de Buenas Letras de Granada. Voy a analizar su *Breviario negro*, editado por Menoscuarto, que tantos buenos ratos nos da.

El autor granadino es un maestro del relato y especialmente del llamado microrrelato. No es cuestión de ponerse estupendo, Valle dixit, sino de analizar estos textos muy breves que son misteriosos. Me explico. Un texto es un universo que nace de una célula madre y se va reproduciendo. El texto genera su autonomía a medida que se va desarrollando en su superficie. El texto es un territorio abierto o cerrado, tanto da, siempre que sea eficaz. *El Palacio de las imaginaciones* es una enumeración y un guiño continuado que adquiere la forma de una cuasi adivinanza. El receptor, según su nivel de lecturas, reconoce muchas obras que ha leído. Este es el puro placer aristotélico. ¿El texto acaba? No. La lista se prolonga con la misma estructura en la mente del lector. La magia es el extraordinario dominio del lenguaje, el uso de un caudal léxico extraordinario. El misterio está en el universo representado y en este caso, más que en la acción, en la presea de cada palabra, en el barroco exuberante de la descripción de ese palacio en el que vivimos, unos más que otros desde luego.

¿Cómo se mide la eficacia del texto? En el receptor, en su reacción. La indiferencia y el aburrimiento son evidencia de que para ese lector el texto no ha cumplido su función si, por el contrario, se divierte, se enfada, el objetivo se ha conseguido. Los textos de Olgado son más que eficaces y pasado el primer nivel de la reacción del lector pasa a uno más elevado, a un valor añadido, a un plus que se llama calidad literaria eminente. ¿Cómo se puede medir? Existen índices como el dominio de los tiempos, de la tensión, del misterio, de lo explícito; en suma, del estilo, de la escritura. *Ancianas tomando bizcochos en salitas sombrías*. En el título puedo argumentar lo anterior. La escena es fácilmente imaginable y hasta tópica. Dos ancianas meriendan plácidamente bizcochos.

El lector es un elemento activo y puede completar la escena y situarla en una tranquila ciudad británica con visillos de encaje en las ventanas, muebles pesados y habitaciones asfixiantes por un exceso de decoración, muy



JUAN ALGAR

“Olgoso deja una indefinición turbia, oscura. Esa es la clave”

victoriano. Pues bien, Olgado lo hace mucho mejor porque es capaz de dejar una indefinición turbia, oscura. Esa es la clave, las ancianas están merendando en un ambiente límite, fronterizo entre la realidad y el sueño, con una amenaza oculta. Hay un reloj, uno de esos relojes de pesas que dan la hora y convocan a los fantasmas. La solución, en la última línea.

Es un libro lleno de registros diferentes por la propia naturaleza de que cada dos o tres páginas se abre un nuevo horizonte de expectativas. Olgado es un escritor muy culto, gran virtud, ha leído muchísimo y al crítico esta cualidad, cada vez más extraña, le parece admirable. En estos relatos son continuos los elementos de la tradición literaria. Veamos *La rosa azul*. Las narraciones eróticas se popularizaron y llegaron a una cima en el decadentismo francés del XIX. París era la ciudad del lujo y de los placeres, todos los que buscaban nuevas sensaciones marchaban a la Ciudad Luz. Narrado en primera persona, el protagonista, Auguste Roquiers, visita un paraíso de los sentidos, una casa encantada, un templo del sexo. Como mirón pasea y observa las diversas estancias, suntuosas, excesivas, los reflejos de las carnes y los dorados y rojos de los cortinajes, la crueldad gozosa, el martirio placentero, el goce prohibido, todo excita al narrador al que este viaje le sirve de camino de conocimiento, de senda mística para el dolor. Léase.